

ADMINISTRA TU CASA COMO DIOS MANDA

UNA MIRADA BREVE DESDE EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La administración del hogar constituye una dimensión esencial de la vocación cristiana. La Iglesia enseña que la familia es la primera comunidad donde se vive el amor, se aprende la responsabilidad y se ejercita la administración de los bienes materiales y espirituales. La manera como una familia organiza sus recursos económicos, distribuye sus bienes, afronta sus necesidades y practica la solidaridad forma parte de su testimonio cristiano.

El Concilio Vaticano II, en *Gaudium et spes*, presenta a la familia como la célula primera y vital de la sociedad. En ella se aprende la justicia, la responsabilidad, el trabajo, la comunión y el servicio. Por ello, administrar la casa según Dios no consiste únicamente en llevar cuentas ordenadas, sino en orientar toda la economía familiar al servicio de la dignidad de las personas, del bien común y de la caridad.

El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda que los bienes materiales son dones recibidos de Dios y que el ser humano está llamado a administrarlos responsablemente, evitando tanto la idolatría del dinero como el despilfarro y la indiferencia frente a las necesidades ajenas.

I. La familia: administradora de los dones de Dios

La Iglesia enseña que toda familia recibe una misión específica: custodiar, desarrollar y compartir los bienes que Dios le confía. Estos bienes no son solamente económicos; incluyen la vida, el tiempo, la educación, la salud, el trabajo, las capacidades personales y la fe.

El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia afirma que la familia es sujeto activo de la vida económica. Esto significa que participa en la construcción de la sociedad mediante una administración responsable de sus recursos y mediante la educación de sus miembros en las virtudes económicas.

Por tanto, administrar bien una casa implica reconocer que todo cuanto se posee debe ponerse al servicio del crecimiento integral de la familia y de la sociedad.

II. El principio del destino universal de los bienes

Uno de los pilares de la Doctrina Social de la Iglesia es el principio del destino universal de los bienes. Dios ha destinado los bienes de la creación para beneficio de toda la humanidad. La propiedad privada es legítima, pero siempre está subordinada al bien común.

San Pablo VI, San Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco han insistido en que los bienes nunca pueden convertirse en un absoluto. Su finalidad es servir a la persona humana.

En la administración del hogar este principio se concreta cuando la familia evita el egoísmo, practica la hospitalidad, comparte con los necesitados y comprende que la abundancia implica también responsabilidad social.

III. La prudencia como virtud de la administración

El Catecismo enseña que la prudencia es la virtud que dispone la razón para discernir el verdadero bien y elegir los medios adecuados para alcanzarlo.

Aplicada a la economía familiar, la prudencia implica:

- elaborar un presupuesto;
- planificar los gastos;
- evitar compras impulsivas;
- prever necesidades futuras;
- administrar responsablemente los ingresos;
- tomar decisiones financieras con serenidad y discernimiento.

La prudencia permite que la economía esté gobernada por la razón iluminada por la fe y no por los impulsos del momento.

IV. El trabajo como fundamento de la economía familiar

En la encíclica *Laborem exercens*, San Juan Pablo II enseña que el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia humana. Mediante él, la persona participa en la obra creadora de Dios y obtiene los recursos necesarios para sostener a su familia.

Por ello, el dinero posee un profundo valor moral, porque representa el fruto del esfuerzo humano.

Administrar correctamente los ingresos significa valorar el sacrificio que hay detrás de cada recurso económico. El desperdicio y el consumo irresponsable desconocen esa dignidad del trabajo.

V. El consumo responsable

En *Caritas in veritate*, Benedicto XVI recuerda que consumir también es un acto moral.

Cada compra expresa una determinada visión del ser humano y de la sociedad.

La Iglesia invita a las familias a preguntarse:

¿Realmente necesitamos esto?

¿Esta compra favorece el bien de la familia?

¿Estamos actuando con responsabilidad?

¿Nuestro consumo respeta la dignidad de los trabajadores y el cuidado de la creación?

Administrar según Dios exige pasar del consumismo al consumo responsable.

VI. La sobriedad cristiana

El Papa Francisco, en *Laudato si'*, propone un estilo de vida sobrio y agradecido.

La sobriedad no significa vivir en la escasez, sino aprender a disfrutar de los bienes sin depender de ellos para alcanzar la felicidad.

Una familia sobria:

- evita el lujo innecesario;
- combate el desperdicio;
- reutiliza cuanto es posible;
- cuida los recursos naturales;
- educa a los hijos en la gratitud.

La sobriedad libera el corazón de la esclavitud del consumo.

VII. El ahorro y la previsión

La Iglesia considera prudente prepararse para el futuro mediante un ahorro responsable.

Ahorrar significa ejercer una administración previsora que permita afrontar enfermedades, desempleo, estudios, vivienda y otras necesidades legítimas.

El ahorro no debe convertirse en avaricia ni en acumulación egoísta, sino en una expresión de responsabilidad hacia la propia familia.

VIII. El endeudamiento responsable

El Magisterio reconoce la utilidad del crédito cuando responde a necesidades reales y puede asumirse responsablemente.

Sin embargo, advierte contra toda forma de endeudamiento que comprometa injustamente la estabilidad familiar o convierta a las personas en esclavas de obligaciones imposibles de cumplir.

La prudencia exige evaluar cuidadosamente cada compromiso financiero.

IX. Educar a los hijos en la administración

El Catecismo enseña que los padres son los primeros educadores de sus hijos.

Esta misión incluye también la educación económica.

Los hijos deben aprender:

- el valor del trabajo;
- la importancia del ahorro;
- la responsabilidad en el uso del dinero;
- la diferencia entre necesidades y deseos;
- la generosidad;
- el respeto por los bienes comunes.

La educación financiera comienza mucho antes de que los hijos administren sus propios ingresos.

X. La solidaridad comienza en casa

La encíclica Fratelli tutti recuerda que la fraternidad debe expresarse también en el ámbito económico.

Una familia administrada cristianamente no vive encerrada en sí misma.

Reserva tiempo, recursos y capacidades para servir a otros.

La solidaridad no depende únicamente de grandes recursos económicos; nace de un corazón dispuesto a compartir.

XI. El cuidado de la casa común

Laudato si' amplía el concepto de administración del hogar.

No solamente administramos nuestra vivienda; administramos también el mundo que Dios ha confiado a la humanidad.

Por ello, la economía familiar debe incluir prácticas responsables:

- reducir desperdicios;
- ahorrar agua y energía;
- reciclar;
- evitar el consumo excesivo;
- cuidar los bienes comunes.

La buena administración doméstica también es una forma concreta de cuidar la creación.

XII. La economía al servicio de la comunión

Toda administración familiar debe favorecer la unidad.

Las decisiones económicas importantes requieren diálogo, transparencia y corresponsabilidad entre los esposos.

El dinero nunca debe convertirse en instrumento de dominio o conflicto.

Cuando la economía está iluminada por el Evangelio, fortalece la confianza, la paz y la comunión familiar.

El Magisterio de la Iglesia enseña que administrar la casa como Dios manda significa ejercer una auténtica mayordomía cristiana. La familia está llamada a administrar con prudencia, justicia, solidaridad y caridad los bienes que Dios le ha confiado. El hogar se convierte así en una escuela donde se aprende que el dinero es un medio y no un fin; que el trabajo es digno; que el ahorro es una expresión de responsabilidad; que el consumo debe ser moderado; que la generosidad forma parte del presupuesto familiar; y que toda economía debe estar orientada al servicio de la persona humana y del bien común.

Cuando estos principios se viven con fidelidad, la administración del hogar deja de ser una tarea meramente financiera para convertirse en un auténtico camino de santificación y de testimonio cristiano.

